

certeza de que es Dios quien salvará la Ciudad y jue nuestro testimonio obligado sólo será válido en función de su providencia.

La ley práctica de este tiempo puede ser esa certeza: Que ni por la naturaleza de los males presentes, ni por la del bien futuro que esperamos, podemos esperar de nuestra acción humana, natural, la destrucción de esos males ni el logro de ese bien.

Y esto no es una llamada al quietismo, ni a la resignación, sino, como vosotros sabéis bien, una prevención contra ese análisis excesivamente racionalista cuya tentación todos hemos experimentado alguna vez que conduce al pesimismo y a descarga sobre los sufridos hombros de la Iglesia la carga de desesperanza que éste conlleva.

No podemos, de ninguna forma, echar a la Iglesia responsabilidades en el ocaso de esta Ciudad, porque este ocaso tiene eminentemente un carácter escatológico. La Iglesia fue provista por su fundador de unos dones enmarcados en la esfera exclusivamente espiritual. Al menos para el tiempo de estos últimos 2.000 años. Interrogarla a ella sería como interrogar al único que está en posesión de lo escatológico, quien —en su infinita bondad y sabiduría— no quiso dotarla de carácter infalible para las cuestiones temporales, de la misma forma que no quiso llamar en su auxilio legiones de ángeles para que establecieran su realeza antes del fin de estos tiempos.

Pero esa realeza, no lo dudéis, llegará. Nosotros somos, y debemos seguir siendo el testimonio viviente de los derechos de soberanía del Señor sobre la Ciudad. El Señor es Rey de derecho sobre la Ciudad, y lo será de hecho en ella en un día que presentimos muy cercano y por cuya llegada imploramos desde el fondo de nuestros corazones.

¿Cómo dudar que va a retrasarse mucho, en esta hora del odio, la llegada triunfal de ese rey que es todo amor, para quien la realeza ha sido hasta ahora una corona de espinas?

Todos los avatares de la Ciudad, catalogados como buenos o malos por nuestros ojos humanos son, en última instancia, designios del amor de aquel que cuando pudo venir para reinar, quiso venir para morir crucificado. De ese amor que no ha dudado en abrirnos su cuerpo para mostrarnos su fuente misma.

Confiemos hasta la muerte en ese Cristo que nos ha propuesto como soberano su corazón sangrante, en ese padre que ha abierto sus entrañas para mostrar a sus vacilantes hijos el latido tremendo de su Amor.

DISCURSO DE VICENTE MARRERO

Amigos de la Ciudad Católica!

Cuando nuestro común amigo y maestro Juan Vallet tuvo la debilidad de invitarme a dirigiros unas palabras en esta conmemoración anual de nuestro Patrón San Fernando, habiendo entre vosotros quienes podían hacerlo mejor y sobre todo de modo más vibrante que yo, me vino a la mente, como suele suceder en similares situaciones, la socorrida cita de Menéndez Pelayo. Más en concreto, su discurso pronunciado sobre nuestro rey santo en el Tercer Congreso Católico Nacional celebrado en Sevilla, en octubre de 1892. Desde que lo leí por vez primera nunca he podido olvidar lo que en aquella solemne ocasión dijo de la

fe de este «Servidor e caballero de Cristo, Alférez del Señor Santiago, cuya seña tenemos», que «por los altísimos juicios de Dios, de un matrimonio incestuoso y disuelto por la Iglesia, hizo nacer al único rey de España que tenemos en los altades».

Los actos de nuestra jornada de hoy, ceñidos a la celebración conmemorativa de la Santa Misa y a esta grata cena de hermandad y camaradería, no tienen otro horizonte que reafirmar con nuestra presencia esa fe, la de nuestros mayores, acrisolada en la ejemplaridad de un santo que además de rey, nuestro único rey santo que corona una ejecutoria como la de nuestra patria en su más eminente dimensión pública y comunitaria.

Añoraba, entonces, Menéndez Pelayo, que figuras como la de San Fernando no fuesen todavía rescatadas por quienes con dotes poéticas las liberasen de los estudios eruditos de que han sido hasta ahora primordialmente objeto. Por lo visto, tenemos aún mucho que aprender los españoles de cines patrióticos como el inglés para infundir vida y grandes pantallas a estos modernos y tan actuales personajes de la Edad Media, y con más fundamento, ahora, en el caso de San Fernando, para ensalzarlo, al menos, como «rey de las tres religiones». Pero no es esa dimensión de la fe de San Fernando, por muy sublime que haya sido, pero de tejas abajo, lo que quisiera glosar brevemente esta noche, después de lo que nos acaban de decir, con voz juvenil, Begoña, y con aire más maduro, Juan Carlos García de Polavieja, sino la fe que más directamente atañe a los altísimos juicios de Dios que hizo nacer de renglones aparentemente torcidos un designio tan recto.

Angulo de mira que no hemos de olvidar nunca. Sobre todo en este muy concreto momento histórico en el que parece consumarse una de las derrotas más alarmantes del catolicismo militante español, que, no en vano, coincide también con uno de los más bajos estiajes de españolia de nuestra vida cívica. Pero, sin duda, son situaciones de esta índole —de noche oscura— las que ponen más a prueba la clase de nuestra fe y la calidad de estrella de nuestro lenguaje, que por boca de Santa Teresa le dice al Altísimo: «Alabaos muy mucho porque despertáis a quienes nos despiertan».

En vela constante el hombre de fe sabe que no tiene la vida dormida y si duerme ha de despertar, quiéralo o no. Esa fe, que no ha variado —aunque su dimensión pública entre nosotros, al menos en apariencia, parezca ser ahora otra o seguir distintos derroteros—, nos incita —para decirlo con el Evangelio— a buscar primero el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se nos dará por añadidura. Y quien no lo busque en primer lugar, corre ya el riesgo de perder este reino y el otro, como le está sucediendo al actual antropocentrismo «teológico», con más difuso «humanismo» que entereza cristiana y católica, como si la fe no fuese la forma de vida que más ensancha, enriquece y hace más verdadero al hombre. «La fe tiene sus propios ojos», nos dice San Agustín. Incesante hontanar de saberes y de razones, tan sólo los ciegos que se empeñan en no ver o los que son sordos por no querer oír ignoran que una vida vivida en la Fe ilumina al ser todo y torna transparente al mundo.

Este mundo nuestro que nos ha tocado en suerte pero tan fuera de gozne y tan sordamente hostil a la verdadera fe, que con la ventolera de esta segunda mitad de siglo se nos ha entrado de rondón por las puertas de nuestra casa. Y es que nos falló la guardia, la confianza, la

fe en vela constante. Solemos olvidar que hay más virtud en saberse defender que en atacar, como sostiene Santo Tomás y no se cansó de insistir entre nosotros Maetzú. Fe que, en cualquier versión, no ignora que si el hombre propone, Dios dispone y más en esta época de Estados demenciales.

Al menos nosotros, a la sombra tutelar de nuestro rey y santo patrono San Fernando, mientras sintamos arder esa fe, como en esta gratísima noche de gozosa confraternidad, sabremos siempre que por los caminos más inusitados daremos en el mismo epicentro de la vida en que confluyen un misterio de libertad y un misterio de amor. Y esto en un marco eminentemente creador, como ha sido el de nuestro pueblo, de los más dotados artísticamente de la tierra, con la calidad de estrella de nuestra aportación histórica, «Gracia en gracia de Dios», de que hablaba Menéndez Pelayo, o «Cristo de los pueblos», como con un sentido más bellamente trágico y también más actual, glosaba Maetzú.

Así hemos de pensar y comparar en lo que significaron ayer los reyes de la Cristiandad cuando acertaban a llevar alas en las plantas como San Fernando, y en los obstáculos que encuentran hoy nuestros gobiernos en lo que ya puede llamarse el absurdo camino de espinas de España hacia Europa. Lo que ayer era la reserva moral del mundo hoy se ha vuelto en otro tipo de reserva y suspicacia ante el temor de una especulación intolerable con el sacrificio unilateral de nuestro pueblo, de tal modo que lo que en los momentos de más esplendor de nuestra historia era timbre de adelantado y de legítimo orgullo, hoy se revela como la larga y secuz marcha de una nación astillada que no ve con los ojos de la fe y que cada vez más desconfiada y distraída lleva camino de parecerse a aquel campesino vasco que se pasó toda la mañana buscando la pipa cuando la tenía en la boca.

Sería negar la evidencia si no se reconociese que hoy, tras la derrota del catolicismo militante en la Península Ibérica y también en Hispanoamérica —al fin y al cabo la mitad o más del catolicismo mundial—, se ha pretendido imponer en el mundo político y social el descrédito como consigna de todo lo que hay de especial empeño en que se vea como catolicismo autoritario o nacional catolicismo, cuando no como oscurantismo u opresión, términos ambiguos y tendenciosos con los que se desvirtúan o se ideologizan los ámbitos tan fecundos de la «Ciudad Católica», en suma, de la fe, de lo más variado, alegre, llevadero y diversificado en su pléfrica densidad ontológica que conoce la Historia.

Ahí están, tan cerca el uno del otro, Alfonso X el Sabio, que al decir de Mariana, «contemplaba el cielo y miraba las estrellas, más en el entretanto perdió la tierra y el reino». Y su padre, San Fernando, muy superior a él como político y soldado. El destino no suele prodigar seguidos dos genios iguales; pero la Historia y singularmente la historia de los reinos cristianos contó siempre, de trecho en trecho, más allá de graves limitaciones, contrariedades y divisiones fraticidas —seculares y religiosas— con la fecundidad arrolladora de esa fe que, en última instancia, está en manos del Altísimo y de su divino Hijo, Señor de la Historia.

Confitemos en ella, sobre todo en estos momentos, cuando la fe parece tantos corrimientos de acentos que producen alteraciones sísmicas so capa de accidentales, llámense catolicismo sociológico, democracia cristiana, privatización liberal, cristianos para el socialismo, neutralismo tecnocrático, teología antropocéntrica o cualquier otra forma de indiges-

ción de libertades o de pueriles laicizaciones e identificaciones. Un auténtico renacer de la libertad en la fe de cara a la tan ansiada y esperada renovación nacional, no se conseguirá nunca desplazando la fe de su acento o centro más genuino hacia otros tangenciales, pero adjetivados de tal modo que desubstancializa su sustantividad más propia e integradora. Una cultura tan inequívoca y entrañablemente signada como la nuestra por los valores cristianos ha de vivir de su fe de siempre, limpia del polvo y paja por grandes que hayan sido sus defectos, limitaciones y caídas. Sobre todo en momentos como éstos de mayor abatimiento y postración, entre el tiempo que es «la paciencia de Dios», como dice San Agustín, y la humildad que, al parecer unánime de los grandes maestros de la espiritualidad de todas las épocas, nos avecina a la magnanimidad, porque le deja al cielo vía libre para que él le guíe el corazón y le conduzca, aunque sea por senderos inusitados o muy intrincados, a la meta más justa, a su blanco más nítido, reconfortante y ensalzador de vida. Blanco que se compendia en una sola palabra: fe, la verdadera y católica fe de Cristo, por la que se ha de estar siempre dispuesto a empeñar y, si fuere preciso, dar la vida.